Nr. 53

Corazones Marianos

Revista semanal de los jóvenes,
que consagrados a la Virgen María,
nuestra Madre, quieren amar a Jesús.

Tercera semana de mayo 2013, realizado por Familia de María, Cno de las Holandesas s/n, 94000, Florida, cm@misionbelen.com

Había una vez unos dibujos que vivían inmóviles en las páginas de un cuaderno viejo. Uno era un tigre, con sus franjas de colores, otro era una pequeña hormiga colorada, de esas que pican fuerte, y por último se encontraba Rita, una nena de unos diez años.

Los tres estaban fijos, en medio de un jardín zoológico, también dibujado, pero quieto.

Rita, con sus ojos grandes, miraba al tigre, mientras la hormiguita estaba sobre uno de los pies de Rita.

Por años y años esta imagen permaneció congelada, siempre igual, y los dibujos estaban ya cansados y aburridos.

A veces, el tigre soñaba con que se movía, retornaba a la selva y corría junto a otros animales en libertad.

Rita, por otra parte, sentía interés por mirar otras cosas, pero sus ojos no podían apartarse del tigre; y la hormiguita estaba cansada de estar a punto de picar a Rita durante tantos años y no poder hacerlo.

Un día, llegó al lugar un hombre que se dedicaba a realizar películas infantiles y se puso a hojear el viejo cuaderno. Al encontrarse con los dibujos, se sorprendió de lo bien hechos que estaban, de lo simpáticos que eran y de las posibilidades de vida que parecían tener a pesar de su quietud.

Entonces decidió darles animación y convirtió a los personajes de nuestra historia en "dibujos animados". Y fue como si les hubiera dado un corazón.

Ahora podían hacer más cosas, podían vivir otras historias y alegrar con ellas a muchos niños de distintos puntos del planeta. Así es como nuestros amigos se sintieron llenos de vida y pudieron hacer realidad sus sueños.

Queridos amigos, este domingo celebraremos la fiesta de Pentecostés. Fue Jesús mismo quien prometió a los apóstoles que enviaría al Espíritu Santo, para recordarles tantas cosas importantes que ellos podrían olvidar, defenderlos ante cada peligro, y consolarlos en los momentos de tristeza... Con otras palabras, les explicó que sin el Espíritu Santo no podrían vivir como sus discípulos, aunque Él se quedara con ellos... Por eso, como les dijo, era necesario que se fuera, pero no para dejarlos solos, sino para prepararles los lugares en el cielo y mandar al que va a guiar desde ese momento a toda la Iglesia. Los apóstoles, unidos con María, la Madre, rezando esperaban al Espíritu prometido. Y el Señor cumplió su promesa, la de mandarlo pero también la de llenar sus corazones con la alegría, con el consuelo, el poder y la valentía. La nueva Iglesia, después de Pentecostés, no era la misma.

Nosotros vivimos en tiempos donde Jesús nuevamente, a través de los santos, nos promete un nuevo Pentecostés – que tanto estamos necesitando. Porque nos encontramos en la misma situación, donde no sabemos cómo vivir nuestra fe, donde nos falta la fuerza para dar el testimonio, donde la tristeza y el desánimo o miedo se apodera de nuestros corazones. Donde hay una única persona que puede cambiar toda esta situación – Dios mismo, el Espíritu Santo. Por eso la fiesta de Pentecostés la tenemos que vivir con un anhelo tan grande, pidiendo que venga, que se quede entre nosotros, o mejor aún, ¡que viva en el corazón de todos los pueblos! Tenemos que agarrarnos a la mano de la Madre – como los apóstoles – y suplicar, con Ella, con Su oración, que mande ahora Su Espíritu sobre la tierra. Porque cuando venga, realizará el mismo milagro de transformación como en el día de Pentecostés hace casi 2000 años. Y ¡quién de nosotros no desearía esta transformación!

Amigos, recemos en estos días, antes y después de la fiesta, con una particular confianza, la oración de la Madre de todos nosotros, de todos los Pueblos, porque este es el camino que Dios eligió para Su Iglesia: caminar guiados por el Espíritu Santo, pero siempre en la compañía y protegidos por la Madre... ¡Les deseamos un feliz domingo y una muy feliz semana! (Y si Dios quiere, ¡¡¡nos veremos pronto!!!)

cm@misionbelen.com

Conociendo a los santos...

Félix de Cantalicio

Hoy queremos presentar sencillamente la vida de un santo franciscano que pasó su vida agradeciendo a Dios por todos sus beneficios: **San Félix de Cantalicio.** Buena lectura.

Nació en Cantalicio (Italia), en 1513. Hijo de dos campesinos muy pobres y muy piadosos. De niño tuvo por oficio pastorear ovejas, y allá en el campo, trazaba una cruz en la corteza de un árbol, y ante esa cruz pasaba horas rezando. Le encantaba rezar el Santo Rosario. Y decía que en cualquier oficio y a cualquier hora hay que acordarse de Dios y ofrecer por El todo lo que se hace o sufre. Cuando ya era mayor, un día estaba arando el campo y de pronto los bueyes se asustaron y se le lanzaron encima. Al sentir que iba a morir allí pisoteado, prometió a Nuestro Señor dedicarse a una vida más perfecta. Salió ileso del accidente y al oír leer un libro de vidas de santos sintió un fuerte deseo de imitar a los grandes amigos de Dios en la oración y en la penitencia. Entonces le preguntó a un amigo cuál era la Comunidad religiosa más exigente y fervorosa que existía en ese entonces, y éste le dijo que eran los padres Capuchinos. Y hacia allá se dirigió a pedir que lo admitieran. El superior, para que no se hiciera ilusiones le describió de manera muy fuerte las penitencias que había que hacer en aquella comunidad y la gran pobreza en que allí se vivía. Félix le preguntó: "Padre ¿en mi habitación hay un crucifijo?". "Sí, lo habrá", le dijo el superior. "Pues bastará mirar a Cristo Crucificado y su ejemplo me animará a sufrir con paciencia". El superior comprendió que este joven amaba y meditaba la Pasión de Cristo, y lo admitió. El oficio de Félix desde que entró a la comunidad hasta que se murió, o sea durante 40 años, fue el de pedir limosna por las calles de Roma, para ayudar a los necesitados. Era un oficio duro, cansador y humillante, pero él lo hacía con una alegría que impresionaba gratamente a la gente. A su compañero le decía: "Amigo: los ojos en el suelo, el espíritu en el cielo y en la mano, el santo rosario". Y repetía: "O santo, o nada... La única tristeza es la de no ser santo". Con lo que recogía ayudaba a familias muy necesi-

tadas y a enfermos y gente abandonada. Ayunaba a pan y agua las tres cuaresmas de San Francisco, comía los mendrugos de pan que dejaban los frailes y dormía tres horas en un lecho de tarima. Pero, como si esto fuera poco –y lo era para sus aspiraciones–, no se quitaba el cilicio. A pesar de todo, o, más exactamente, por todo, tenía una contagiosa felicidad y un buen humor delicioso. La gente se admiraba de sus buenos consejos y le preguntaba en qué libro había aprendido tanta sabiduría y él respondía: "En un libro que tiene seis páginas: cinco son las heridas de Cristo Crucificado, y la sexta es la Santísima Virgen María". Siempre alegre, parecía no sufrir. Bromeaba mucho con San Felipe Neri. Un día San Felipe le dice: "Fray Félix, que te quemen vivo los herejes, para que te consigas un gran puesto en el cielo". Fray Félix le responde: "Padre Felipe: que lo hagan picadillo los enemigos de la religión para que así se consiga una gran gloria en la eternidad". Siempre viajaba descalzo por calles y caminos, todos los días. Dormía sobre una tabla. La mayor parte de la noche la pasaba rezando. Se alimentaba con las sobras que quedaban de la mesa de los demás. Cuando ya estaba anciano, un cardenal le dijo: "Fray Félix, ya no cargue más esa maleta de mercados que recoge para los pobres. Ya es tiempo de descansar", y el santo le respondió: "Monseñor: el burro se hizo para llevar cargas. Mi cuerpo es un borriquillo y si lo dejo descansar le puede hacer daño al alma". Estaba tan contento con su condición de fraile limosnero que solía decir: "¡Estoy bien, mejor que el papa. El papa tiene fastidios y trabajos, mientras que yo gozo de la vida, no cambiaría la alforja ni por el papado y el trono del rey Felipe juntos!". Su manera de ser, directa y auténtica, lo llevaba a intercambiar ironías con el Papa Sixto V, Felipe Neri, con Cesar Baronio, futuro cardenal

y, con Carlos Borromeo. Hacía bromas sagaces a los alumnos del Colegio germánico y también a las damas de la nobleza romana, sin dar la impresión de tener una pizca de malicia. Los santos saben reír y hacer reír, y esconden, como lo supo hacer San Félix, el ardor de su donación a Cristo, sin que los demás se dieran cuenta. Esta es la humildad de quien no conoce otra palabra que aquella de hacer la voluntad de Dios. Ya desde pequeño nunca se sentía ofendido cuando lo humillaban e insultaban. Cuando alguien lo insultaba u ofendía muy fuertemente le decía: "Que Dios te haga un santo. Pediré a Dios que te haga un buen santo". Ayunaba muchas veces a pan y agua. Trataba de ocultar los dones sobrenaturales que recibía del cielo, para que nadie los supiera, pero muchas veces mientras ayudaba en Misa, se elevaba por los aires. Su espiritualidad, aparentemente simple, estaba anclada sólidamente en la persona de Cristo, del cual admiraba de modo particular el pesebre y la cruz. Tenía una gran veneración por la

cm@misionbelen.com

Virgen y San Francisco. Practicaba una oración fuertemente afectiva. Al recibir la comunión se conmovía hasta las lágrimas. Todo esto hacía de él un verdadero hijo de San Francisco, un hermano capaz de ir al encuentro de todos, ricos y pobres, cardenales y mendicantes, y siempre con la misma actitud: acogida, respeto y amor por la persona que tenía delante. Eran tantas las veces que repetía la frase **"Gracias a Dios"**, que las gentes sencillas al verlo decían: allá viene el hermanito "Gracias a Dios". San Carlos Borromeo le pidió unos consejos para obtener que sus sacerdotes se hicieran más santos y le respondió: "Que cada sacerdote se preocupe por celebrar muy bien la Misa y por rezar muy devotamente los salmos que tiene que rezar cada día, el Oficio Divino". Al franciscano Padre Montalto que iba a ser nombrado Sumo Pontífice le dijo: "Si un día lo nombran Papa, esmérese por ser un verdadero santo, porque si no es así, sería mucho mejor que se quedara como sencillo fraile en un convento". Montalto llegó a ser Papa Sixto V y siempre recordaba el consejo del humilde hermano Félix. Desde pequeñito se sintió favorecido por la Santísima Virgen y le tuvo un cariño inmenso. Cuando pasaba por frente a las imágenes de Nuestra Señora le repetía aquello que a San Bernardo le agradaba tanto decirle: "Acuérdate que eres mi Madre". Y le decía frecuentemente: "Yo soy siempre un pobre niño y los niños no pueden andar sin la ayuda de la madre. No me sueltes jamás de tus manos". Un día, un gran predicador capuchino, Alfonso Lobo, fue a la iglesia del convento para observar lo que hacía fray Félix, de cuya santidad deseaba cerciorarse. El santo hermano estaba arrodillado ante el altar mayor, rodeado de una claridad celestial, extático, pronunciando palabras temblorosas, a manera de débiles quejidos. De súbito, los resplandores misteriosos se hicieron más intensos, y el Padre Lobo pudo ver, con profunda admiración, que aparecía la Virgen Santísima, y que, acercándose a fray Félix, le entregaba el divino Niño para que lo acariciara. Así, en una atmósfera de silencio y humildad, envuelto en trabajos y fervores, el buen fray Félix fue haciéndose viejo, al mismo tiempo que su alma tocaba los lindes de la perfección. Cargado de trabajos, de dolores, pero con una alegría desbordante, presiente su muerte. Y dice: "El pobre jumento ya no caminará más". Nunca perdió su inalterable buen humor. La muerte parecía para él la más interesante aventura, una regalada esperanza, detrás de la cual no hay más que triunfos y dichas. Pretende un día ir a la iglesia arrastrándose desde el lecho, más se le prohíbe. Recibe los sacramentos, se queda en éxtasis, vuelve en sí, y pide que le dejen solo. Los frailes le preguntan: « ¿Qué ves?», lleno de alegría y de emoción, exclamó: "Veo a mi Madre, la Virgen María, rodeada de ángeles que vienen a llevar mi alma al paraíso". Así pasó cantando las últimas fatigas de la enfermedad, y en una de sus canciones originales voló a los cielos. "Jesús, Jesús, amor mío. Róbame el corazón y no me lo devuelvas ya". Murió el 18 de mayo de 1587. El Papa Sixto V decía que en su tiempo ya se habían obtenido 18 milagros por intercesión de Félix de Cantalicio. En 1712, el Papa Inocencio XI lo declaró santo.

San Félix, ruega por nosotros.

MÁS ALLÁ DE LA RAZÓN

EL TERCER SECRETO DE FATIMA

continuación...

Durante una visita a Portugal para la beatificación de los videntes Francisco y Jacinta (Lucía estaba todavía viva), el Papa Juan Pablo II anunció por medio de su Secretario de Estado, el Cardenal Angelo Sodano, que él había decidido hacer público el texto del tercer misterio. Unos pocos meses más tarde, el texto fue liberado por el Vaticano, junto con una discusión del significado del texto:

"Después de las dos partes que ya he expuesto, hemos visto al lado izquierdo de Nuestra Señora un poco más en lo alto a un Ángel con una espada de fuego en la mano izquierda; centelleando emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo; pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él; el Ángel señalando la tierra con su mano derecha, dijo con fuerte voz: ¡Penitencia, Penitencia, Penitencia! Y vimos en una inmensa luz qué es Dios: « algo semejante a como se ven las personas en un espejo cuando pasan ante él » a un Obispo vestido de Blanco « hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre ». También a otros Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir una montaña empinada, en cuya cumbre había una gran Cruz de maderos toscos como si fueran de alcornoque con la corteza; el Santo Padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad

cm@misionbelen.com

en medio de ruinas y un poco tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino; llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran Cruz fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas; y del mismo modo murieron unos tras otros los Obispos sacerdotes, religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones. Bajo los dos brazos de la Cruz había dos Ángeles cada uno de ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los Mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios".

El Papa Juan Pablo II contó en 1980 que sus antecesores no liberaron el secreto "por no alentar el poder del mundo comunista a hacer ciertos movimientos". Criticó a las personas que desearon conocer el misterio sólo por mera curiosidad y sensacionalismo. Tomando un rosario, él concluyó: "Aquí está el remedio contra este mal. Ore, ore, y no pida nada más. Salga todo más a la Madre de Dios."

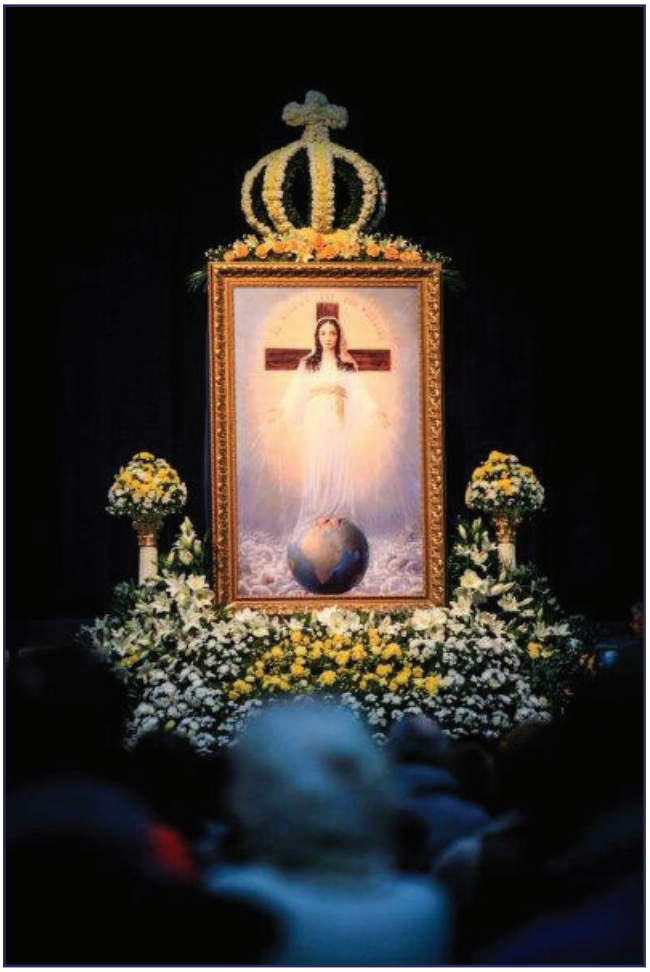
En 1984 el entonces cardenal Joseph Ratzinger (hoy Papa emérito Benedicto) dijo que el Tercer Misterio pertenecía a "... los peligros que amenazan la fe y la vida del cristiano, y por lo tanto del mundo. Y entonces la importancia del 'novissimi' (los últimos acontecimientos a fines de tiempo)".

El 11 de mayo de 2010, el Papa Benedicto XVI dijo, al viajar en avión a Portugal para cumplir una visita pastoral, que los sufrimientos actuales de la Iglesia por los abusos sexuales contra niños cometidos por sacerdotes forman parte de los que anunció el "tercer secreto de Fátima".

AHORA PENSEMOS: ¿HABRÁ QUERIDO LA VIRGEN PREPARARNOS PARA LAS TENTACIONES MUNDANAS?, ¿HEMOS HECHO CASO A SUS ADVERTENCIAS?, ¿HABRÁ CONSECUENCIAS DE ESTO?, ¿PODEMOS TODAVÍA HACER ALGO?

Dejemos que nuestra Madre viva en nuestros corazones y sea su Dueña, seamos sus esclavos de Amor, porque como dice San Luís María Grignion:

"Cuando el Espíritu Santo, su Esposo, la encuentra en un alma, vuela y entra en esa alma en plenitud y se le comunica tanto más abundantemente cuanto más sitio hace el alma a su Esposa. Una de las razones principales de que el Espíritu Santo no realice maravillas portentosas en las almas, es que no encuentra en ellas una unión suficientemente estrecha con su fiel e indisoluble Esposa".



La frase de la semana

cm@misionbelen.com

17.5. San Pascual Baylón, franciscano

18.5. San Félix de Cantalicio, capuchino

20.5. San Bernardino de Siena, presbítero

Queridos amigos, ¿qué tal se encuentran nuestros corazones, los corazones de nuestra Madre tras la lectura de estas páginas? Y ¿qué tan preparados están para la fiesta que viviremos el próximo domingo y que ya comienza el sábado por la noche? Pero hay aún otra pregunta más importante que nuestros corazones han de hacerse ¿qué tanto estamos colaborando para que la Iglesia reciba una nueva efusión del Amor, un nuevo Pentecostés? Nuestra Madre lo promete como ya lo saben: "Digan, oh pueblos mi oración, para que el Espíritu Santo venga de verdad y realmente". Porque "de la misma manera que la Señora permaneció junto a sus apóstoles hasta que vino el Espíritu Santo, Ella puede venir donde sus apóstoles y pueblos de todo el mundo para traer de nuevo el Espíritu Santo". Y con esta promesa tan importante para los tiempos que estamos viviendo ¿qué esperamos para responder a Su llamado? Seguramente ya todos nosotros conocemos y rezamos Su oración tan poderosa, pero aún no es suficiente, Ella nos convoca a ser sus misioneros, a llevar Su mensaje de Paz y Redención al mundo. Propongámonos entonces para esta semana rezar más a menudo esta oración que tan bien conocemos, y darla a conocer entre las personas que nos rodean, así todos juntos, unidos en el Corazón Inmaculado de nuestra amada Madre, reviviremos la fiesta de Pentecostés y pediremos por una nueva efusión del Espíritu Santo que tanto necesita la Iglesia y el mundo!! Y claro, para que todo esto no quede solamente en palabras, necesitamos recibir la fuerza que sólo puede provenir de una única fuente: la santa Eucaristía. Por ello, para vivir en plenitud este tiempo, reconciliémonos con nuestro Dios a través de una buena confesión, y recibamos a nuestro Jesús a través de la Comunión en cada corazón mariano! Hasta pronto!